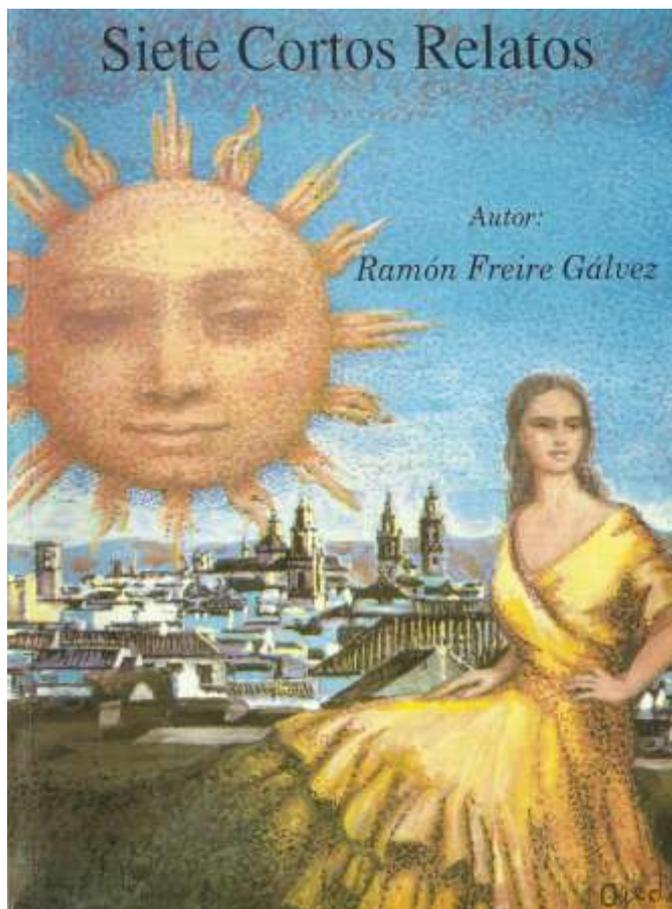


## MIS SIETE CORTOS RELATOS (IV)

**Ramón Freire Gálvez.**

**Introducción y presentación:** El año de 1992 publiqué un pequeño libro, que contenía y llevaba por título **SIETE CORTOS RELATOS**, cuya edición quedó agotada en el tiempo y ahora, en ese reposo que otorga el



verano astigitano, poco a poco, he ido preparando (en aquella fecha los medios informáticos no son como actualmente) aquellos relatos, para, de uno en uno, irlos dando a conocer a través de mis publicaciones periódicas, con el único fin de que a quien le interese, pueda leerlo.

La fotografía de la izquierda corresponde a la portada. Igualmente en cada uno de los siete relatos, figurará la ilustración que realizaron los artistas que después referiré.

Para ello se hace necesario comenzar por la breve presentación que dediqué a la publicación, que decía lo siguiente:

*Presentación: La ilusión del ser humano con ilusión de vida, es crear. Cuando*

*consigue crear, desea verlo crecer y extender su obra, por lo que aplicado ello al ámbito literario, cualquier modesto aprendiz de escritor, ve culminada su ilusión cuando consigue publicar su humilde obra.*

*Este es mi caso, por lo que mis primeras líneas necesariamente tienen que ser de agradecimiento a la empresa patrocinadora de esta publicación, así como a los pintores ecijanos, mis amigos Joaquín Ojeda y Francisco de la Matta, dos generaciones de pintores, a quienes acudí en solicitud de ver plasmado el arte que emanan, en mis cortos relatos.*

*Tras lo anterior, hacerle saber lector, que el contenido de los **SIETE CORTOS RELATOS** reflejan situaciones que uno vive, siente y conoce a lo largo y ancho de varios años.*

*Al principio de cada uno de ellos irá un pequeño comentario sobre la nacencia de cada relato, que llegaron a formar siete, por ser dicho número también parte de la historia de nuestro hermoso pueblo.*

*Ramón Freire*

Plasmado lo anterior, este es el cuarto de los relatos que formaron aquella publicación:

## **CUARTO RELATO**

### **ANTONIO MARQUEZ "EL ECIJANO"**

Mi afición a los toros me llevó a este cuarto relato. Es el mundo en el que vivieron muchos de nuestros famosos toreros ecijanos, cuando iniciaron su andadura en tan difícil y completo arte, como es el de Cúchares. En dichos caminos y veredas quedan ilusiones truncadas, otras, en plazas de pequeñas categorías; los menos consiguen subir a la cúspide del estrellato, pero no les quepa la menor duda, de que todos pasaron la aduana de las dificultades a las que me refiero, aunque el sabor del éxito les haga recordarlas con mayor dulzor en los que llegaron y como experiencia a los que se quedaron en el camino de esa ilusión.

7 de Octubre de 1962. Día desapacible. No sabe si llover o abrir las nubes para dejar paso al astro sol que, por estas fechas, aún caliente lo suyo en esta mi tierra andaluza. Reposo en la cuneta de la carretera y veo que tengo los pies destrozados; cerca ya de cien kilómetros andando y las viejas alpargatas no resisten más. Me dan ganas de volverme, tirar las ilusiones por la cuneta, pero me resisto. No puedo dejarlo, tengo que seguir, llegar a Madrid y demostrar que puedo ser torero. ¡Quiero ser torero!

Son varios y buenos los coches que me pasan por la carretera. Cuántos pensamientos me vienen a la mente. Atrás dejo nueve hermanos con mis padres; pienso por un momento en la preocupación que habré provocado en todos ellos con mi marcha, sin saber dónde ando, esperando día tras día alguna noticia, aunque mi madre se lo imagina porque sabe mi afición y de ello me escondía a los ojos de mi padre.

Pero que alegría recibirán cuando les entreguen el primer telegrama de mi triunfo. En él les diré: Madre, la plaza estaba llena, he cortado dos orejas y me sacaron a hombros. Ya mismo estaré en Écija y te compraré una casa grande, con su corral y te pasearé con mi coche por todo el pueblo y las gentes nos saludarán diciendo: Mira ahí va Antonio Márquez *El Ecijano* con su madre.

Mis sueños quedaron cortados cuando vi venir un viejo camión cargado e harina, color rojo la cabina, la madera de su carrocería agrietada y el motor, con su ruido, pedía un cambio a los muchos años que tenía. Al pasar junto a mí, tan despacio iba, que en la puerta derecha del mismo pude ver las iniciales de su propietario, debajo, el nombre de mi pueblo, Écija y en la madera de su carrocería, lo más significativo de él, después del sol o antes que él, daba igual, rotulado Ciudad de las torres.

Rápidamente cogí el hatillo con las pequeñas provisiones que llevaba y los trastos de torear de aquel torero de mi pueblo, que, retirado ya, me había regalado con toda la ilusión del mundo y que yo había escondido durante tiempo, para que no lo descubriese mi madre, aunque estaba seguro de que ella los había visto.

Salí corriendo, mucho más que el camión, a pesar del cansancio que tenía, al tiempo que hacía señales al conductor para que me llevase. Este detuvo su no muy rápida marcha y me invitó a subir; al tiempo que me abría la puerta derecha me preguntó dónde iba. A Madrid, le respondí. Anda sube, te dejaré en la Mancha y coloca las cosas en la parte de atrás.

No sabía como romper el frío que me entró por el cuerpo cuando me di cuenta que el chofer, ya mayor, sabía de que familia era yo. Quizás, pensé, habría sido mejor esperar a otro camión que no hubiese sido de mi pueblo, pero estaba tan lejos de él, que cuando vi su nombre no supe reaccionar de otra manera. A lo mejor, aquel viejo chofer, cuando llegásemos a la primera gasolinera, pararía para llamar por teléfono al pueblo y avisar a mis padres, o igual, me dejaba en el cuartel de la Guardia Civil más próximo.

De pronto fue el viejo chofer quien rompió el silencio, preguntándome a qué iba a Madrid, tan lejos del pueblo y con tan poca edad para andar solo por el mundo.

Ir a Madrid significaba para cualquiera de nosotros todo un mundo.

Al principio le mentí, diciéndole que iba con unos tíos que me estaban esperando, para buscarme un trabajo en una fábrica de cervezas, pero como costaba mucho el viaje había decidido ir andando.

Aquel viejo chofer, con mucha experiencia en la vida y conocer sobradamente del duro trabajo diario, de unos sesenta años de edad más o menos, no se lo creyó, aunque tampoco me hizo ver lo contrario. Siguió haciéndome preguntas, al tiempo que manteníamos una conversación de poca importancia. Pero cuando menos lo esperaba, comenzó a hablar de toros y en ese instante quedó al descubierto todo mi periplo viajero.

Al preguntarme si me gustaría ser torero, un repelucó cruzó mi cuerpo, notando que los bellos se erizaban. No le di tiempo a que me hiciera otra pregunta.

Si señor, contesté, a eso voy, quiero ser torero. Tengo que torear en Madrid y salir a hombros por la puerta grande, para viajar después por toda España y América. Quiero ganar mucho dinero, comprarle una casa grande a mi madre, subirla en mi coche y pasearla por el pueblo.

Le seguí contando mis correrías por las noches. Llevo cerca de tres años escapándome de mi casa para ir a los cerraos de toros, pegándole capotazos y pases a todo lo que tiene cuernos; éramos tres amigos, pero los otros dos se arrugaron y al final me he venido solo para Madrid.

Una voz seca y autoritaria cortó mi relato de improvisó. El apetito de aquel viejo chofer era mayor que las ilusiones de un niño por ser torero. Él había visto cercana una gasolinera, con un pequeño bar, y era la hora de echarle algo al cuerpo. Yo llevaba ciento dieciséis pesetas de las doscientas que conseguí ahorrar antes de iniciar el viaje.

En agradecimiento por haberme recogido, le dije lo invitaba a comer; todo mi afán era en aquel instante ver el cartel del menú del día para saber lo que me iba a gastar. Cuando conseguí comprobar que el precio era de noventa y cinco pesetas, sentí caer lágrimas de mi estómago, porque sabía de antemano lo que iba a ocurrir, pero no podía echarme atrás, era más importante llegar a Madrid que comer en aquel momento y mantuve la invitación como hacen los hombres.

Nos sentamos y se acercó el camarero, vestido con una chaquetilla que de blanco tenía poco, no por sucia, sino por el tiempo que llevaba usándole y antes de que me preguntara, me adelanté a decirle que sirviera un solo menú para el chofer y a mí me pusiera un vaso de leche con dos magdalenas, alegando tener poco apetito, pues había calculado el importe con arreglo al dinero que me quedaba, notándome más gruesas las lágrimas que caían en mi estómago, cuando vi el menú que le sirvieron al chofer, mientras a mí las dos magdalenas con leche me duraron menos de un minuto.

Del capital que llevaba, tras pagar la invitación, me sobraron seis pesetas, pero me daba igual, pronto estaría en Madrid y una vez que triunfara, me sobraría el dinero.

Antes de marcharnos, el viejo chofer la pidió al camarero unos palillos de dientes al tiempo que encendía un buen puro, que le hizo saborear aún más la comida; eso sí, me aconsejó de que una persona joven, como yo, tenía que comer más abundantemente. Son los nervios que me tiene quitado el hambre, le dije, pero ya mejoraré. No le podía decir otra cosa.

En marcha muchacho, me dijo, que tengo poco tiempo y quiero llegar a Manzanares antes de que amanezca para poder mañana descargar de los primeros. Nos subimos al viejo camión, no sin antes cerrar la carcasa del motor, que durante la comida había dejado abierta para que aquel se enfriase.

Durante el trayecto hasta Manzanares le actitud del chofer cambió, mostrándose más comunicativo. En el fondo era un gran aficionado a los toros y lógicamente admiraba a los toreros, mucho más a los toreros de nuestro pueblo, que no eran poco por aquellas fechas, contándome ciertas historias que había vivido y algunas faenas importantes de toreros ya consagrados, creando en mí mucha más ilusión por llegar a ser uno de ellos.

El cansancio pudo conmigo y, a pesar de tener el estómago más vacío que el monedero, me quedé dormido. No sé cuántas horas transcurrieron hasta que un pequeño zamarreón me hizo despertar.

¡Muchacho, despierta, que hemos llegado a Manzanares!

Recogí mis cosas, tapando aún más el estoque de madera que llevaba, cuya empuñadora roja destacaba. El viejo chofer me llevó a la parada de autobuses que, desde Manzanares, salían para Madrid a las seis de la mañana, comprándome un billete y entregándome doscientas pesetas, al tiempo que me dijo:

Hijo mío, mucha suerte. Si yo hubiese tenido algún hijo, a lo mejor hubiera hecho igual que tu. Acuérdate de mí cuando seas torero de los grandes y si me ves por el pueblo o en la carretera, me vuelves a invitar con el menú del día.

No pude evitarlo, me abracé a él con fuerza y unas lágrimas de agradecimiento sentí rodar por mis mejillas.

No lo olvidaré en mi vida Juan, se lo prometo, le dije. Le invitaré a comer cuando sea torero, pero también mi primer brindis será para usted.

Suerte hijo, no te fíes de los toros, ni tampoco de los que están alrededor, porque hay mucha gente aprovechada. Esas fueron sus palabras de despedida cuando el autobús iniciaba el viaje hacia Madrid.

Serían las cuatro de la tarde cuando llegamos a la capital madrileña. Ya me encontraba mucho más sereno, pues el estómago había recibido su buena

ración en uno de los bares donde el autobús tenía su parada reglamentaria y veía las cosas de otra manera.

De pronto comencé a ver grandes edificaciones, fábricas, muchos coches y camiones, dándome cuenta que estábamos llegando a Madrid. Más adelante, autobuses, grandes almacenes, tiendas de buenas ropas y, de pronto, frente a frente, lo que siempre había soñado, la Plaza de Toros de las Ventas.

No fue un latigazo lo que sentí en mi cuerpo, sino un temblor que recorrió todo mi ser ante lo que estaba viendo. Carteles anunciando corridas pasadas, estaban pegados en las paredes cercanas, mientras que algunos jóvenes, con los hatillos al hombro, esperaban a alguien en sus puertas.

Mañana estoy yo allí, me dije. Me dispuse a buscar una pensión donde poder alojarme, con arreglo a lo que en principio me quedaba. Algo tendría que hacer mientras triunfaba, porque de eso estaba seguro, triunfaría en aquella plaza donde tenía que abrir su puerta grande y salir por ella a hombros.

Ya me veía dibujado en uno de aquellos viejos carteles con mi nombre debajo.

No muy lejos de la plaza, vi un letrero a la puerta de una alta y vieja casa, que decía: Pensión Doña Patro, 50 pesetas pensión completa. Ni para tres días tendría con el dinero que me quedaba, pero algo saldría, no podía renunciar ahora que me encontraba a las puertas del triunfo.

Tras llamar al timbre, que a la derecha de la puerta de la calle había, se abrió aquella y me atendió una señora mayor con acento gracioso, que, al verme con el hatillo al hombro y el estoque de madera, me dijo: Buenas tardes Marcial Lalanda.

Buenas tardes tenga usted señora, le contesté. Le dije que quería hospedarme en la pensión de Doña Patro por unos días, hasta cumplir unos festejos que tenía contratados.

Aún resuenan por el viejo barrio las carcajadas de aquella señora, pero noté, no sé por qué, que le había caído bien, seguramente por la forma de expresarme junto con mi acento andaluz.

Bueno matador, te puedes hospedar aquí, me dijo, pero que sepas el pago es por adelantado cada mañana al levantarte, porque en caso contrario, aquí no come ni duerme nadie más que yo, Doña Patro.

No hacía falta ser muy listo para darse uno cuenta que estaba hablando con la mismísima Doña Patro.

No se ponga usted así señora, que cuando me vean torear por primera vez, va tener usted que ampliar la pensión para atender a las gentes que vendrán a ofrecerme contratos.

Menos contratos y más trabajo niño, que no está la cosa para faroles, replicó Doña Patro, al tiempo que me invitaba a recoger mis cosas y pasar al interior.

No tenía muchos metros la habitación donde me dijo alojo, pero era justo lo que necesitaba; un ropero pequeño antiguo, una mesita de noche y una cama con tubos de hierro, aunque el colchón estuviese más hundido que un submarino. Pero bueno, algo era algo, no me podía quejar a la vista de cómo tenía el monedero.

El cuarto de baño está al final del corredor y ducharse son cinco pesetas aparte, sentí que en alta voz me decía Doña Patro desde la planta baja.

Me tendí sobre la cama y mi imaginación comenzó a volar. Me veía en la plaza de toros de Las Ventas, toreando al natural, derechazos, molinetes y redondeando la faena con una gran estocada, al tiempo que los tendidos se poblaban de pañuelos, solicitando las orejas al presidente, dando una vuelta al ruedo con ellas en las manos, de forma elegante y pausada. El sueño, debido al cansancio del viaje, se hizo presa de mí y quedé rendido sobre la cama.

Por la mañana del día siguiente, el frío que entraba por las numerosas rendijas que tenía la ventana, me despertó; tras darme un pequeño lavado de cara, para despejarme y un buen peinado con su correspondiente brillantina, me fui al bar cercano a la pensión, donde desayuné algo calientito.

Allí conocí a un hombre que se dedicaba a la carga y descarga de frutas en el mercado de entradores. Me ofrecí a él y me contrató, acordando pagarme setenta y cinco pesetas, desde las cuatro de la mañana a las diez.

¡Que trabajo me había buscado! No supe lo duro que era hasta que pasaron unos días.

Para tranquilizar a mi madre, lo primero que hice fue escribirle, contándole algunas mentiras. Le dije que estaba colocado de dependiente en un puesto del mercado, que la familia del dueño me había acogido, atendiéndome muy bien, que me estaba haciendo un hombre para el día de mañana, pues por la noche iba a la escuela para tener algunos estudios y que ya le mandaría algún dinero para irles ayudando. Mentiras piadosas, pero mentiras al fin y al cabo. No podía hacer otra cosa. Mi madre no podía recibir más preocupaciones de las que ya tenía, tantos hermanos y sólo con los brazos de mi padre y los del mayor de aquellos, para alimentar tantas bocas. Al final de la carta, aunque sabía que mi madre no lo iba a creer, le dije: Te hice caso, madre, me olvidé de los toros.

Pasaron unos días, tenía resuelto el problema de pagar la pensión con lo que ganaba en el trabajo y me dediqué por las tardes a lo que yo más quería, lo que había buscado viajando a Madrid, a torear.

Me iba a la Casa de Campos, donde cuarenta o cincuenta chavales más tenían la misma aspiración que yo. Unos con el carretón, otros con el capote, los menos con las banderillas y algunos ejercitando naturales o entrando a matar, pero en todos los rostros, el mismo deseo e ilusión, ser torero.

Uno de aquellos días, cuando estaba dando un natural con buen estilo, relajado, recreándome en la suerte, ignorando que frente a mí solo tenía un carretón con dos cuernos de un toro cualquiera, matado en una plaza o matadero, sentí un golpe en el hombro y una voz que me decía:

Ven muchacho, siéntate aquí. El pelo blanco de aquel hombre, cubierto por un sombrero, trajeado y bastón sobre el que apoyaba su mano derecha, me infundió respeto y confianza.

Cuéntame, de dónde eres y qué haces aquí.

Con mucho orgullo le dije que era de Écija, un pueblo grande de la provincia de Sevilla y cuando me disponía a contarle alguna de las grandezas que yo conocía de mi bello pueblo, me cortó diciéndome:

Buena tierra, aunque ha sido donde más calor he pasado en mi vida, pero también es verdad que es uno de los pueblos más bonitos de España y además, tierra de toreros.

¿Conoce usted mi pueblo? Le dije. Sí chaval, me respondió, allí en su plaza de toros vi actuar al Califa de Córdoba en sus tiempos de novilleros y a algunos más.

Durante más de media hora le conté a aquel hombre, al que no había visto nunca, pero que sus palabras me inspiraban confianza, las cosas de mi vida y las ganas de ser torero que yo tenía.

No te falta clase, me dijo, pero tienes que pulir algunos defectos y aunque no sé por qué lo hago, te voy a ayudar. De ahora en adelante me llamas Don José y voy a conseguir que torees en Madrid, después ya veremos.

No le di un beso en la frente a Don José por el mucho respeto que su presencia me imponía y porque acababa de conocerlo, pero se lo merecía, pues noté que me estaba abriendo las puertas del triunfo.

Día tras día seguí en la Casa de Campo entrenando, siempre bajo la mirada atenta de Don José; corría la mano con temple al tiempo que corregía los defectos que él me hacía ver.

Esto no es fácil muchacho, recuerdo que me decía siempre al terminar cada tarde el entrenamiento, cuando sentados en aquel bar cercano, con mesas de hierro y frió mármol, tomaba una gaseosa.

El mundo del toro es muy difícil y muy fácil Antonio me decía; fácil si eres humilde en la vida y dominas siempre al toro. En ello hay dos mandamientos imprescindibles para ser torero, que nunca debes olvidar, mandar y templar, pero siempre siendo humilde a pesar de los aplausos y palmaditas en la espalda que puedas recibir.

¿Te gustaría torear en las Ventas? Las lágrimas que brotaron de mis ojos fueron la respuesta a Don José.

Pues prepárate, que el domingo he conseguido que torees, pero tienes que estar tranquilo, pues aún faltan varios días.

Era martes. Larguísimo se me hicieron los días que faltaban hasta el domingo 27 de Octubre a las 4,30 de la tarde. Plaza de toros de las Ventas, becerrada de promoción, en los carteles mi nombre: Antonio Márquez *El Ecijano*. Cuantas veces miré el cartel antes de pedir uno para llevárselo a Doña Patro.

Cuando llegué a la pensión y lo vio se puso muy contenta y no le di tiempo siquiera a que me preguntara nada. Corrí hasta mi habitación y lo estuve contemplando durante horas, era el mayor tesoro que había podido encontrar. Por un momento pensé que si aquel cartel o noticia del mismo llegaba a mi pueblo, pudiese ocurrir algo que impidiera mi presentación en Las



Ventas; temía que mi padre pudiera presentarse y me prohibiese torear, pero me convencía asimismo, pensando que Madrid estaba muy lejos de Écija para que llegaran allí los carteles de una becerrada y se pudiesen enterar en mi casa.

Y llegó el día soñado. A las tres de la tarde estaba Don José en la pensión, con un precioso terno verde y oro, usado y con señales de algunas manchas muy bien lavadas que, de lejos, no se notaban, pero que me estaba hecho que ni a medida.

Me ayudó Don José a vestirme, con todo el rito que ello conlleva. Doña Patro, atenta con la aguja en la mano, para socorrerme en cualquier necesidad urgente que el traje precisara. Cuando me miré al espejo del antiguo ropero, me acordé de mis padres y me vino la imagen del viejo chofer que me trajo hasta Madrid.

Vamos niño, tú tranquilo. Ha llegado la hora, deja los nervios y la cabeza siempre fría, me dijo Don José.

Fuimos andando desde la pensión a la Plaza de Toros. Yo iba mirando a ambos lados de la calle, pues veía miradas de admiración y compasión por mi poca edad, pero el cuerpo espigado que tenía, hacía creer era mayor de lo que en realidad era.

Llegamos a la plaza y entramos en ella por la puerta de cuadrillas. Allí, en el patio, había gran movimiento de personas. Mis compañeros de cartel eran más o menos de la misma edad que yo. Los subalternos, hombres ya mayores, que estaban de vuelta en el mundo de los toros y con mucha experiencia en sus deslucidos trajes de plata.

Me presentó Don José a mis dos peones; un fuerte apretón de manos selló la colaboración de los mismos, al tiempo que me insistían estuviese tranquilo.

Al toque de clarines se inició el paseíllo. El mundo se me vino abajo cuando me vi en la puerta de cuadrillas ocupando el centro, desmonterado, apretando fuerte el capote de paseo. En ese instante, me acordé de mi Virgen del Valle, cuya estampa siempre tenía sobre la mesita de noche y que se la dejé a Doña Patro, mientras duraba el festejo, para que le rezara por mí.

Miré al cielo y le pedí que no me dejara solo, que me ayudara, mientras un nudo me pasó por la garganta que me dejó la boca seca.

Mucho tiempo me parece que duró el paseíllo, el primero de mi vida vestido de ludes. Hasta que no transcurrió la lidia del primer becerro, no me di cuenta que en la plaza había tres o cuatro mil personas, aunque no lo sé exactamente, pues a mí me parecía una multitud, aunque lo cierto que como la plaza era tan grade había muchos asientos vacíos, pero ello era lo que menos me preocupaba.

No estuvieron mal los dos chavales que fueron por delante de mí. De pronto, sentí la voz de Don José que, desde el burladero de apoderados, me dijo:

Vamos Antonio, ahora es el tuyo. Échale valor y no te rajés, por tu madre.

Yo no sabía si pedir agua o una toalla para limpiarme el sudor que corría por todo mi cuerpo. No era de miedo al becerro que pudiera salir por los chiqueros; mayor que los anteriores no podía ser, me decía para mis adentros,

era miedo al ridículo, miedo a no poder cumplir mis sueños, miedo a defraudar a Don José, miedo a todo. Virgen del Valle no me abandones, volví a pedirle. Ayúdame, por mis padres al menos.

Salió el becerro con muy mal genio, negro zaino, de fea cara, pero de buen tipo y con mucha cornamenta.

A por él, me dije. No di tiempo a que ninguno de mis subalternos lo parara con capotazo alguno. Allí estaba yo, con el capote preparado, cuando de pronto me vi en el suelo y algunas risas escuché no muy lejos de mí.

No sé cómo, pero me había arrollado. Me levanté, tranquilo me dije y comencé a torearlo a la verónica y algunos tímidos olés se convirtieron en un clamor cuando lo rematé con una media. Me fui de la cara del toro, relajado, al tiempo que, desde el burladero, me llegaban los consejos de Don José: Sigue, sigue, ese es el sitio.

En mi vida había dado tantos capotazos con más ganas; terminé la serie con dos chicuelinas y media más que me hicieron salir airoso de la cara del becerro y cuando me volví, vi al público, de pie, aplaudiéndome fuertemente.

Tras el tercio de banderillas y haber bebido no poca agua, para humedecer la garganta que seguía seca, tomé la muleta, despacio, con garbo, como si hubiese estado toda la vida toreado. Pedí permiso al Presidente y montera en mano, escuchaba al mayor de mis subalternos que decía: Al público, al público.

No le hice caso, no por falta de respeto, sino porque tenía la idea fija desde antes del festejo. Brindaría el becerro a Don José, a Doña Patro, al viejo chofer, a mis padres, a todos, pero lo representaría el brindis en Don José y acercándome al burladero, le dije:

Va por mis padres que dejé en Écija, por el viejo chofer que me trajo a Madrid, por Doña Patro que me dio cobijo y por usted Don José, que me va a hacer torero. Muchas gracias.

Don José recogió la montera y me mandó un abrazo simbólico, al tiempo que me seguía pidiendo sitio y tranquilidad.

Fue buena la faena de muleta, tenía una oreja ganada, pero no todo podía salir bien y fui incapaz de matar al becerro a la primera, necesitando entrar cinco veces, haciendo el ridículo más espantoso.

Con el trabajo que me había costado llegar a aquel momento, me decía para mis adentros y todo lo había estropeado con la espada. No lo podía entender, a pesar de que cuando arrastraron al becerro, el público me dio una fuerte ovación, ello no me consolaba y rompí a llorar.

Las palabras de Don José y los subalternos no lograban consolarme. Triste y sin ganas de nada me quedé, sólo pensaba una y otra vez en la oportunidad perdida y sin saber cuándo se podría repetir. Que diría la prensa al día siguiente. Cómo iban a darme otra oportunidad.

En aquel instante, Don José fue contundente. Vete a la pensión, allí te desahogas muchacho, no puedes darle pena a nadie, por ello no te van a dar otra oportunidad, tiene que ser porque hayas convencido con tu toreo de clase y arte, no por verte llorar como un niño. Ya hablaremos mañana, terminó diciéndome.

Cuando llegué a la pensión, la cara de Doña Patro hablaba por si sola, ya se había enterado e intentó consolarme. Tenía un vaso de leche fría en la mano

y me acompañó a la habitación. No conseguí dormir en toda la noche y decidí marcharme nuevamente para Écija al día siguiente y no iría al mercado.

Serían las nueve de la mañana del día siguiente, cuando escuché las voces que, desde abajo, daban Doña Patro y Don José.

¡Antonio, Antonio! Me gritaban. Al principio, pensé que había ocurrido algo malo, pero no me dieron tiempo a hacerle ninguna pregunta, pues ellos mismos me dieron la respuesta.

¡Has triunfado Antonio, has triunfado!. Mira lo que dicen los periódicos, mira las páginas taurinas encabezadas con tu nombre:

Antonio Márquez *el Ecijano* puede ser figura del toreo, solo la mala suerte con la espada, tras una memorable faena, le privó del triunfo. Repetirá cartel el próximo domingo en Las Ventas, pues su variado repertorio y concepción del toreo puro, presagia el nacimiento de un gran torero.

Aún recuerdo con cariño los besos que me dio Doña Patro y los abrazos de Don José. No me lo podía creer, pero lo había conseguido. Mi Virgen del Valle no me había abandonado.

Doña Patro me dijo: Antonio, tu Virgen del Valle no te podía abandonar, se lo pedí mucho durante el festejo, pero como llegaste tan desesperanzado no te quise decir nada. Se lo volví a pedir cuanto llegaste a la pensión y me ha escuchado. De recuerdo, Doña Patro, se quedó para siempre con la estampa de mi Virgencita.

Después ya todo fue más fácil, triunfos en Madrid, Barcelona, Bilbao, Alicante, Zaragoza, Valencia y la alternativa en mi bendita tierra y como matador de toros, muchos años por los ruedos de España y América, ocupando los primeros puestos del escalafón taurino.

Hoy, Don José, todavía sigue en la Casa de Campos madrileña descubriendo toreros. Doña Patro, al frente de su modesta pensión, cobijo de maletillas y aspirantes a torero. Algunos llegarán, otros se quedarán en el camino, pero así es la historia del toreo.

Yo pude ver a mi madre en su casa, grande, con un corral y paseándole en un coche precioso por todo mi pueblo, saludando a sus gentes.

También hubo momentos difíciles, algunos sin sabores, cornadas graves y menos graves, amores y desamores, pero todo, todo, mereció la pena.

Cuando recuerdo esta historia, la más bonita de mi vida, desde el principio de mi etapa taurina, han pasado veintiséis años desde aquel 7 de Octubre de 1988, día que, con un hatillo, estoque de madera y pocas pesetas en el monedero, me subí a un camión que me llevó a Manzanares y aquel viejo chofer me ayudó para que llegara a Madrid. El, junto con Doña Patro y Don José siempre estarán conmigo.

Hace menos de un año me retiré del toreo activo. Me corté la coleta, porque los años ni los que vienen detrás perdonan. Ahora, vivo tranquilamente en mi pueblo, intentando ayudar a otros jóvenes a poder ser torero, al lado de mi Virgen del alma, viviendo en el Valle de su Valle, sin necesidad de tener estampas ni fotografías, porque la visito a diario, agradeciéndole continuamente lo que hizo por mí, al tiempo que le digo igual que a ustedes: Si de nuevo naciera, quiero ser torero.